

que discurre y raciocina! Con esta fé de que María es mi Madre, que cuida de sus hijos desde la cuna hasta el sepulcro, porque Dios se lo ha mandado, y porque los sentimientos de su corazón se lo exigen, yo subiré al leño en que he de surcar las salobres aguas, y no tendré mi confianza ni en la acerada proa, ni en el soberbio mástil, ni en el tiempo bonancible, y sí en María; porque ella lleva á sus hijos por la mano, sobre todo cuando ni el amor del ocio, ni el deseo de los goces mundanos, ni la ambición de dignidades, ni el ánsia de las glorias humanas, sino el instinto de su corazón animado por el cielo, los conduce á lejanas playas.

¡Ah! venid, amigos míos, venid todos; vengan mis hermanos, pues todos lo son en Jesús y María; arrodillémonos todos ante el Trono donde está sentado el que con su sangre nos redimió y adoptó por hermanos suyos. Si por nuestras culpas viésemos su rostro airado, digámosle con sus discípulos: *Ecce Mater tua, et fratres tui stant te alloqui.* «Tu madre, Señor, y tus hermanos, desean hablar contigo; Ella, que nunca te ha ofendido, viene á interceder por nosotros; nosotros, que somos pecadores, te pedimos la gracia del perdón.» *Ecce Mater tua et fratres tui.* Habla, pues, por nosotros, ¡oh María! Tú que eres Madre, Tú que eres Reina, Tú que eres Señora. Muéstranos tu dulce rostro, extiende hasta nosotros la vara que nos protege, manda á nuestros enemigos que se retiren, para que, pasando una vida pacífica en toda castidad y perfecta humildad, logremos en toda su plenitud el fruto de tu amor en la gloria. Amen.

## SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

### FIESTA DE MARÍA SANTÍSIMA

BAJO LA ADVOCACION DEL AMOR HERMOSO.

*Ego Mater pulchræ dilectionis.*

Soy yo la Madre del Amor Hermoso.

(ECCLEI., cap. xxiv, vers. 24.)

Pocos siglos ha habido en que se haya hablado de amor con tanta profusion como en este llamado siglo de la razón. Apenas ve la luz pública un escrito en cuyas páginas no se encuentren algunos pensamientos consagrados á esta especie de númen; pocas conversaciones hay que no sean sostenidas ó condimentadas por él, y aún muchos hombres de ideas abstractas parece que han adoptado esta palabra como el medio de producirse con suceso; por do quiera se lee y se oye encomiado el amor á la gloria mundana, para electrizar el espíritu juvenil y animarlo á emprender hazañas; se habla en todas partes del amor á la patria, para que los pueblos sean celosos de su honor y lo sostengan con bizarría. Amor al orden, amor á la paz, amor al bien público, son hoy día unas como voces de reacción, las cuales, como templado bronce, resuenan en las tribunas, en el foro, en la prensa literaria y en el mundo todo. Es, sin duda, el actual un siglo enamorado, pues todos se precian de ser amantes de la justicia, amantes de la moral, amantes de las leyes é instituciones, amantes de la filantropía, y de tal modo se ha propagado esta pala-

bra *amor* en las producciones de nuestra época, que, á no haber examinado con detencion y madurez lo que significan tantos vanos sonidos, diríamos que los hombres, elevados ya sobre la materia y espiritualizados en sus operaciones, imitar pretenden á los ángeles. Mas ¡pluguiese á Dios que fuese así! ¡Pluguiese al cielo que los hombres, semejantes á la inocente paloma de Noé, no encontrasen donde poner su pié en la tierra, por no empañar la candidez de sus pensamientos y acciones! ¡Pluguiese al cielo que, en medio de tanto amor como hoy día se inspira á los hombres, no hubiese tantos que, como algunas aves de rapiña, fijasen sus sentidos é ideas sobre la fétida carne, para cebarse en ella como en ámbar delicioso! Porque ¡ah! á fuer de este amor que tanto se panegiriza, se ha arraigado profundamente otro, cuyos hálitos pestilentes han envenenado la masa de la humanidad, la ha envilecido y degradado: es el *amor profano*.

¡Sean, pues, dados honor y prez al sacerdocio católico, que, con inspiracion divina sin duda, ha puesto un antiveneno á este tósigo devorador! ¡Gloria y prez á la Religion, que opone el amor divino al amor carnal, el amor celestial al amor terreno, para contrastar la hermosura de aquéllos con la fealdad de éstos, y sacar de sus errores á un siglo preciado de racional, demostrándole que la razon exige que ame lo que sólo es digno de ser amado! ¡Prez y gloria á la piedad que ha renovado con tanta pompa el tierno epíteto con que invocára la Iglesia á María, apellidándola Madre del Amor Hermoso! ¡Gloria y prez imortales á esta Reina amabilísima, cuya devocion sostiene á los hombres en el candor de la inocencia, ó los saca con mano caritativa de entre los cenagosos amores de la tierra! Sí, preciso es que yo tribute á la Religion, á María, á mis cohermanos este homenaje de gratitud, homenaje que la parte más sana de la humanidad les consagra justamente, pues á la Religion, á María

y al sacerdocio, es acreedora la humanidad de cuanto la ha ennoblecido y ensalzado. Y ¿por qué? Porque todas las grandezas y glorias tienen su origen en el Amor Hermoso, amor que la Religion inspira, amor que María alimenta, amor que el sacerdocio católico sostiene con su ejemplo y sus palabras.

Este amor ha de ser hoy mi asunto, y os protesto, amados míos, que quisiera ántes de empezar á tratarlo, que no respiráseis sino fuego de amor divino; y si, como lo creo, sentís todas las emociones que siento yo en mi corazon al nombrar á María, Madre del Amor Hermoso; si no seguís las máximas de aquellos impíos cuya malicia encuentra pábulo á su sensualidad, áun en las palabras que por su naturaleza son palabras de vida, tengo sobrado fundamento para creer que no habré concluido mi discurso sin que cada uno haya conocido con evidencia las infinitas ventajas que el amor hermoso del cielo tiene sobre los feos amores de la tierra, y podré lisonjearme de haber cooperado á prender en vuestras almas una centella de aquel amor divino que Jesucristo difundió en el mundo. Para proceder con orden, sentaré mi proposicion, afirmando, como una verdad irrefragable, que «el amor hermoso sensibilizado en María es el principio de la union de Dios con los hombres y de los hombres con Dios.» *Ego mater, etc.*

¡Oh espíritu divino, que con tanta dignidad nos diste á conocer tu amor para con las almas en la tierna y grandiosa alegoría del esposo y de la esposa de los Cantares; envíame un destello de luz increada para que mis palabras sean el tipo de un corazon enamorado de tus bellezas infinitas, y con su fuerza propague en cuantos las oigan el deseo del amor hermoso! Esta gracia te pedimos todos, saludando humildes á tu Esposa y nuestra Madre.

AVE MARÍA.

Vivir sin amar, no sería vivir como hombre, ni aún como bruto, pues á éstos no falta su amor material, que los lleva necesaria é instintivamente á su aumento y conservacion; sería vivir como planta, á quien sólo cupo una alma vegetativa é incapaz de sensaciones: es, pues, el amor el alimento del alma racional, y no puede ésta existir sin fijarlo en alguna cosa; y le es éste tan indispensable, que sin él no sería noble ni generoso, ni podría adquirir nuevas perfecciones; es, por consiguiente, el amor, segun San Agustín, la pasión más relevante del hombre, porque trae su origen del amor increado que recíprocamente se profesan las dos primeras personas, de las cuales procede el Espíritu Santo, que con razón se denomina «fuego, amor, caridad.» Sea, pues, libre el alma para amar lo bueno ó lo malo, es necesario que ame: sea libre para amar á Dios ó á las criaturas, la carne ó el espíritu, es necesario que ame, porque no le es dado vivir sin amar. ¡Oh amor esencial y noble de los espíritus! ¡Qué grandezas has engendrado cuando, como fuego alimentado con puros combustibles, te has elevado hácia el cielo! ¡Qué estragos has causado cuando, como llama salida de muladares inflamados, te has derramado en la superficie terrestre como en tu centro! ¡Ah! En todo cuanto existe, sea increado, sea criatura, yo no encuentro otro móvil de operaciones que el amor; cuanto ha pasado hasta hoy, y sucederá hasta el fin del mundo, no tiene otro principio que el amor; porque si San Agustín atribuye al Espíritu Santo aquella simpatía con que se une la forma á la materia, los elementos á los mixtos, las almas á los cuerpos, ¿con cuánta más razón atribuiremos al amor todas las obras del espíritu humano, inclinado naturalmente á lo más hermoso y más perfecto? ¿Con cuánta más razón atribuiremos al amor las obras de la Divinidad, sea que las consideremos en su esencia divina, sea que nos traslademos á los efectos que vemos y palpamos?

Sí, la eternidad entera carece de lengua para explicar aquella generacion eterna del Verbo que el Padre engendra contemplando la hermosura de su esencia y enamorado de ella; esta misma eternidad no basta para declararnos aquellos lazos que unen indivisiblemente al Padre y al Hijo, y de cuyo eterno y mútuo amor procede el Espíritu Santo: esto hacen por toda la eternidad la contemplacion y el amor; y este mismo amor, deseando propagarse exteriormente y manifestar su gloria y hermosura, criara en un momento millones de millones de ángeles y serafines, y en otro millares de millares de astros, y en otro la tierra, los cielos, los mares, las plantas, los animales, el hombre. Ved, amados míos, si el amor es noble, si es necesario, si es hermoso.

Así es; pero hablemos con franqueza: cuanto son grandes las obras del amor hermoso, tanto son pequeñas y viles las obras del amor profano. ¡Ah! Yo elevo mi vista al firmamento, y encuentro que le falta la tercera parte de sus estrellas; examino la causa, y veo que el amor profano ha ocasionado este trastorno; un ángel que como lucero de la aurora brillaba en la córte divina, se amara á sí mismo más que á su Hacedor, y envolviera en su propia ruina á la tercera parte de los espíritus angélicos; me traslado al Paraiso terrenal, en cuyas amenas florestas y deliciosas moradas viven dos ángeles en carne, miéntras el amor que los une es amor hermoso, y veo este mismo Paraiso desierto, y su entrada custodiada por un serafín con espada en mano, para impedir la entrada á sus dos primeros habitantes, que de él fueran confinados por haberse amado á sí mismos con amor desarreglado; yo recorro el mundo terrestre, y arruinado lo veo por un cataclismo que el feo amor de la carne indujera sobre sus moradores; yo registro la historia, y no encuentro monarquías desmenuzadas, imperios arruinados, naciones asoladas, provincias destruidas, ciudades pulveriza-

das, que no deban estos desastres al amor sórdido, al amor brutal, al amor ambicioso, al feo amor, nutrido por pasiones desarregladas; yo investigo los fastos del espíritu humano, y hallo que sus errores idolátricos, con el estupefando aparato criminal que los acompaña, no tuvieron otro principio que el amor mal entendido que se profesáran los padres á los hijos, los hijos á los padres; asesinatos, robos, saqueos, incendios, usurpaciones, apostasías, violencias, raptos, usuras; por fin, todo crimen, toda maldad, tienen su origen en este amor impuro y profano que abrasó el corazón de los hombres y consumió con sus llamas el hermoso amor celestial que Dios prendiera en sus almas.

Y aquí, amados míos, hemos llegado al gran punto de vista donde nos hemos de detener para examinar lo que María ha hecho, desarrollando de un modo sensible el amor hermoso en que su corazón ardiera. Para llegar á comprenderlo, es preciso que, como el viajero situado en una grande y gigantesca prominencia, no respiremos el aire craso de las hondonadas, sino el puro y suave de las cumbres; es preciso que nos alimentemos con el sutilísimo éter del amor divino, pues sin esto nada entenderíamos.

El pecado del primer hombre fuera un desprecio formal de Dios; consumado que fué, hubo una excision y ruptura manifiesta entre Dios y los hombres; el amor hermoso se retirara al santuario de la Divinidad, de donde emanara como de purísima fuente; se verificó en los hombres lo que, en expresión del sublime Agustín, se cumpliera anteriormente en los ángeles. «Dos amores, dice este Padre, fueron el cimiento de dos ciudades, terrena una, celestial otra; el amor de sí mismo, con menosprecio de la Divinidad, formara el reino terrenal; el amor de Dios, con menosprecio de sí mismo, edificara el reino espiritual y divino.» Y no hubo más diferencia en estas

dos rupturas, sino que los ángeles rebeldes fueron irrevocablemente excluidos del amor divino, quedando á los hombres el consuelo de que un día vendría en que con lazos íntimos se unirían aquellos dos extremos que distaban nada ménos que con grados infinitos. Desde aquel momento fatal, ¡oh desgraciada descendencia humana! tú fuiste el triste retrato de un hijo del príncipe nacido en cuna de oro, educado con modales de grandeza y majestad, y que, llegado á una edad vigorosa, prefiriera los degradantes amores de una despreciable meretriz, á los nobles enlaces á que su sangre le llamara; como jóven arrastrado locamente por la fuerza brutal de las pasiones, fuiste cayendo de abismo en abismo, de desgracia en desgracia, hasta que, enervada por tus vicios obscenos, destruida por tus excesos, postrada te viste en duro lecho, sin tener médico que cicatrizase tus heridas ni te restituyese el perdido vigor; cuarenta siglos consumáran sus órbitas, sin que tuvieran el honor de contar en su gran longevidad un sólo pueblo, entre tantos como la tierra sostenía, que con amor puro ofreciese á Dios su corazón; pues uno que el cielo formara, levantándolo del polvo y consolidándolo á fuerza de prodigios, fuera tan grosero, que más servía á Dios por los cuantiosos bienes que le diera, que no por las infinitas perfecciones y bellezas del eterno Sér. Tal era el estado de la humanidad llamada por Dios á ser su esposa predilecta por el amor hermoso, y eliminada de tanta dicha por haberse entregado á las locuras del amor brutal, del amor sórdido. *Duo amores fecerunt sibi duas civitate.* No faltaron, es verdad, en el seno de este pueblo santificado almas justas que anhelaban por el amor puro; no faltara un Abraham y un Moisés, muchos Patriarcas, muchos Profetas, y, por fin, un David, quien, á nombre de todos, melodiosos himnos compusiera, en los cuales mil veces convidaba á los hombres á amar á su Dios; mil veces con cánticos de

fuego divino ensalzara la sabiduría, la omnipotencia, la justicia y bondad del Eterno, y llamara al sol, á la luna, á los astros, á los mares, á la tierra, á los hombres, á los príncipes y á los ángeles mismos, para que, unidos á los acentos de su lira, cantasen á Dios cánticos nuevos; su amor hácia Dios era tan puro y tan intenso, que su corazón se deshacía cuando contemplaba que en los cielos y en la tierra no había otro objeto digno de ser amado.

Pero no eran estos justos los que inaugurarían la gran era del amor hermoso; el santuario divino donde este amor residía, no podía abrirse hasta que María hablase; esta amable criatura era la primera que entre los mortales poseía un corazón grande, inmenso, y sólo capaz de recibir en Él al amor infinito, y darle una nueva vida, concebirlo, engendrarlo, y darlo á luz, para que todo pueblo, toda nación, todo hombre, recibiese un nuevo calor, é inflamado con él, conmutase el amor de la tierra por el amor del cielo, el amor de las criaturas por el amor del Criador, el amor profano por el amor hermoso; no nos detengamos en considerar á esta Virgen en los primeros años de sus castos amores con el Espíritu Santo. ¡Ah! ¿Qué prodigios de amor no nos enarrarían los muros del templo de Jerusalem si pudiesen exprimir los suspiros que María exhalaba suplicando al cielo que se abriese, y despidiese al justo, que como suave rocío fecundaría la humanidad, yerma por los abrasadores fuegos del amor profano? Los serafines se admiraron cuando vieron que María los excedía en amar; atónitos quedaron cuando uno de ellos fuera mandado en solemne embajada para que se postrase ante esta criatura, y la saludase como á Madre de Dios y Reina del cielo. Aquí os pido, señores, vuestra atención; aquí necesito vuestras luces, ¡oh Espíritu divino! porque mi entendimiento se abisma, mi lengua se paraliza, al tener que hablar del momento decisivo

en que el mundo se salvaba ó se proscribía para siempre: ¡la embajada de Gabriel! ¡las respuestas de María! ¡sus temores! ¡sus sobresaltos! ¡su humildad! ¡su pureza! ¡su consentimiento á las ofertas de un Dios! ¡Ay! Mil doctores han hablado de estas grandezas, y aún no han hecho más que empezar á balbucear; ¿cómo emprenderé yo internarme en este abismo de maravillas? Pero voy á seguir sus huellas, y así sólo podré continuar. Oídme; oíd lo que pudo el amor hermoso.

Había ya María echado los fundamentos de este amor, fundamentos que debían sostener el inmenso edificio de la redención; una castidad la más pura, una humildad la más profunda; en los cielos y en la tierra, no encuentra María otro objeto que sea digno de su amor que á Dios; en sí misma no considera sino su nada, su fragilidad de criatura; se cree la más abyecta y despreciable de cuanto existía en la tierra; teniéndose á sí misma por tan vil, ¿cómo podía amarse á sí misma? Estando tan persuadida de las perfecciones y bellezas del Criador y de lo corruptible de las criaturas, ¿cómo era posible que amase lo terreno? ¿Cómo podía dejar de amar lo celestial? ¡Ah! Si todos pensásemos como María pensaba, todos viviríamos abrasados del amor hermoso de la Divinidad; nuestra nada nos sería un objeto despreciable; las criaturas serían un objeto digno de nuestra admiración por ser hechura de Dios, mas no fijaríamos en ellas nuestro amor, porque el espíritu humano naturalmente ama lo más digno y lo más perfecto.

Estando María animada de estos principios, era justo, dice San Bernardo, que fuese elevada á ser la primera de todos la que se creía inferior á todos; era justo que siendo más pura que los ángeles, concibiese en su seno al Rey del cielo.

En efecto, amados míos; ¿hasta qué extremo no llega el amor puro de María? Hasta el extremo de renunciar

á ser Madre de Dios, si para esto es necesario padecer el más ligero detrimento en su virginal pureza. Se le presenta el ángel, y la comunica las órdenes del cielo: «Dios te salve, la dice; Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.» Al oír palabras tan sublimes y relevantes, María se turba, porque su humildad la hacía creer que no era digna de tan admirable y nueva salutacion. «No temas, María, la dice el ángel; tú has hallado gracia ante Dios; concebirás en tu seno y darás á luz un Hijo, y lo llamarás Jesus; Éste ha de ser grande, y será llamado el Hijo del Altísimo, y Dios le dará el trono de David su padre; y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin.» ¡Cuántas grandezas! ¡Qué dignidad! ¡Qué honor! ¡El esperado de todos los pueblos y naciones! ¡La semilla prometida á Abraham, en la cual serian bendecidos todos los pueblos de la tierra! ¡El sucesor de David, de Salomon, de Ezequías y Josías! ¡El Hijo del Altísimo, cuyo Trono sería encumbrado sobre los astros, y duraría como los dias de la eternidad! Todas estas glorias van á ser comunes al Hijo y á la Madre; Ella es la escogida entre tantas descendientes de David para que se realicen por su medio las grandes promesas que Dios tenía hechas á este Rey. ¡Ah! ¿Quién no responde ciegamente á un llamamiento tan noble? ¡Ser Madre del Rey del mundo, del Emperador de los siglos! ¡Ver postrados á sus plantas cuarenta siglos con sus oráculos; miles de generaciones con sus esperanzas; pueblos innumerables con sus suspiros y deseos! La perspectiva es grandiosa, las glorias de tal Madre han de ser inenarrables; los ángeles han de ser sus ministros; el cielo será su trono, y, sin embargo, María lo piensa, lo medita, y, dirigiéndose al ángel, le interrumpe: «¿Cómo ha de ser esto, pues yo no conozco á hombre alguno?» Es decir: yo, que he consagrado á Dios mi corazón y mi cuerpo desde mi infancia; yo,

que prefiero la gloria de ser vírgen á cuantas glorias pueda haber en el mundo; yo, que en los cielos y en la tierra no tengo otro objeto de amor que á mi Dios, ¿cómo he de ser madre, si he prometido ser vírgen para siempre? Ved, amados míos, el inconcebible grado á donde llega el amor hermoso de María: renuncia á ser Madre del Mesías, del Hijo del Altísimo, del Rey de los ángeles, si para ello ha de dejar de ser vírgen; escuchad ahora lo que hace este amor puro de María, los efectos que causa, las grandezas que engendra.

El Ángel del Señor da fin á su mision, manifestando á María que los hombres no intervendrian en una obra exclusivamente propia del Espíritu Santo. Todo es puro y virginal en esta generacion; un Padre vírgen envia á su Hijo vírgen; un Ángel vírgen anuncia la maravilla que el dedo del Espíritu Santo obraria en el casto seno; el tálamo sagrado será más puro é incorrupto que los cielos; María ha de ser Madre y Vírgen; Dios ha de ser su Hijo natural, no adoptivo; la carne, el amor profano se encuentran relegados de estos prodigios tanto como dista Dios de la criatura; nada tienes que temer, ¡oh amor hermoso! vas á ser trasladado del santuario de la Divinidad al casto corazón de María; tampoco debeis temer vos, ¡oh ilustre doncella hija de David! Responded, os diré con San Agustín y San Bernardo; hablad: el cielo, la tierra, los ángeles, los hombres, todos están pendientes de tus labios; Adán y cien millares de millones de hijos están postrados á tus plantas anegados en lágrimas, cargados de crímenes, envueltos en miserias; el Padre Eterno te pide tu consentimiento para que su Hijo salga como gigante ceñido de espada dispuesto á marchar; el Hijo no espera sino oír tu acento para dar principio á la gloriosa restauracion del mundo; el Espíritu Santo está suspenso, deseando celebrar contigo un esponsalicio eterno. ¡Ah! ¿Qué os detiene? Nada, amados míos; tan pronto como está